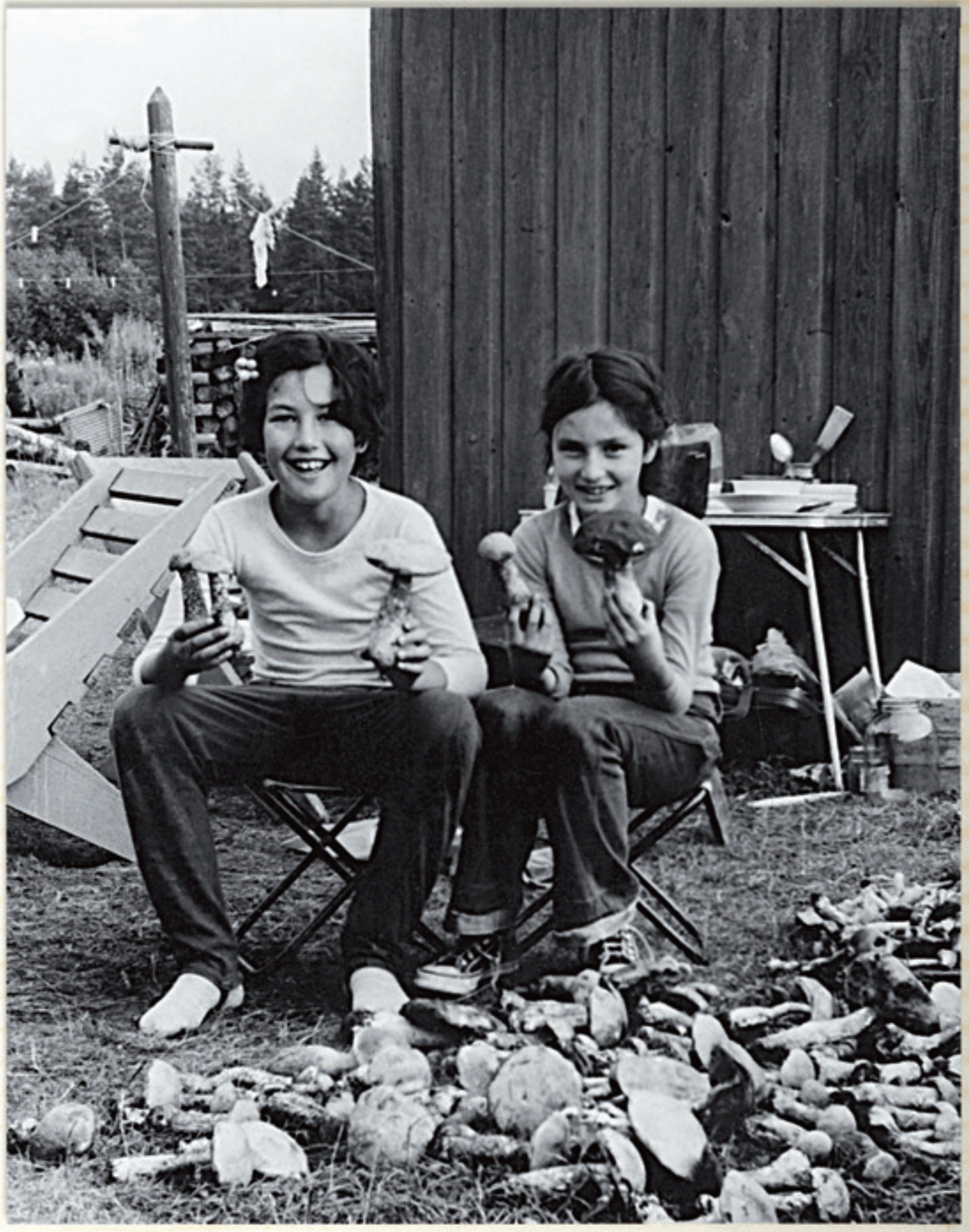
volver a Moscú (vía Nueva York)

y otras escalas de dónde vengo y adónde voy

Irina Khatsernova volvió a Rusia después de trece años en los Estados Unidos y descubrió que aquel país de su infancia ya no existe. Fue estudiante de física en Moscú y ahora es diseñadora de interiores en Nueva York. Irina viajó a su tierra de origen, pero se dio cuenta de que nunca pudo volver a casa. ¿A qué país había vuelto? Hasta allí la acompañó su novio, un periodista argentino que a veces entendía lo que pasaba y a veces no. «Hogar es donde vives mientras haces planes para volver a casa», se convenció

un testimonio de **hernán iglesias illa** fotografías del autor



ARCHIVO PERSONAL DE IRINA KHATSERNOVA

Irina Khatsernova volvió ayer a Moscú después de trece años. En el asiento detrás de mí ríen su madre y ella, quien ha vivido todos estos años en Estados Unidos. Es la primera vez que regresa a casa. Irina trata de no darle demasiada importancia al viaje, pero sé que está nerviosa. Contenta, pero nerviosa. En el aeropuerto le pregunté cómo había sido el reencuentro con Rusia y me respondió con un gesto descuidado, levantando los hombros, como si el tema no fuera importante. Vamos a quedarnos dos semanas en Moscú: será un viaje intenso. Irina visitará las calles, las casas y los amigos que no ve desde que se fue, y sólo en los últimos días logrará sentirse cómoda. En su cabeza, una década de imágenes de televisión, crónicas desoladoras y relatos familiares intentarán reconciliarse con el tacto y el olor de un país que desde entonces ha cambiado por completo. También nos llenaremos, los dos, de una ciudad terca y malhumorada, pero tan orgullosa de sí misma, que al final uno termina creyendo que la amargura es melancolía y el caos, creatividad.

El tráfico en la autopista que rodea a Moscú sigue estancado. Llegué a Rusia por primera vez hace media hora. En el aeropuerto, un cansado paquidermo de cemento y caucho –remodelado por última vez para los Juegos Olímpicos de 1980–, me esperaban Mark, su mujer Victoria, y la hija de ambos, Irina, con quien vivo desde hace un año en Nueva York.

–Puchero. Tallarines. Camiseta. La yapa –dice en español Mark Khatsernov, mi suegro, al volante de una todoterreno semicubierta de nieve. Está recitando las palabras en español que recuerda de los labios de su abuela, que nació y murió en Rusia, pero que en el medio pasó treinta años en Argentina.

–¿Conoces estas palabras? –me pregunta Irina en inglés y le contesto que sí, que por supuesto.

El auto avanza lentamente hacia el suburbio moscovita donde vive Ilya, el hermano de Irina, donde mañana toda la familia recibirá el Año Nuevo. Al borde de la autopista se ve –naranjas, rosados, plásticos: como para niños– los nuevos centros comerciales y los supermercados. A Irina, la enormidad de los almacenes le parece normal, igual a la de los *strip malls* de Estados Unidos. Todos los autos se ven sucios, los modernos importados y los viejos Dacia soviéticos: es tanta la mugre que se junta en invierno por la mezcla de nieve y tierra, que no tiene sentido lavar el auto entre noviembre y marzo, y entonces nadie lo hace. De las manijas de las puertas hacia abajo todos los coches son marrones. Los tres rusos del auto hacen chistes sobre el tráfico y se ríen. El porteño barbudo que está de copiloto no entiende nada, pero se ríe igual. Mark se da vuelta y me pregunta si Pelé es argentino.

–No, no –se corrige– Pelé es brasileño, el argentino es Maradona, ¿no?

☭

–Cuando la despedí en el aeropuerto, sentí que la estaba salvando –cuenta la madre de Irina.

En enero de 2005 se cumplieron trece años desde que Mark y Victoria convencieron a Irina para que aceptara la milagrosa y escasa visa de turista de Estados Unidos e intente quedarse allí. En ese momento, Rusia, con un gobierno en transición tras la salida de Gorbachov, acababa de soportar un intento de golpe de Estado y se dejaba caer en el capitalismo como en un agujero negro. El futuro cambiaba todos los días, y el país se estaba quedando en manos de los más audaces e inteligentes, pero también de los más despiadados. Cuando se fue de Moscú, Irina tenía veinte años, no sabía hablar en inglés y le faltaba menos de un semestre para terminar la licenciatura en Física. Se fue a vivir a Boxborough, un suburbio silencioso de Boston, a la casa de Valeri y Rita Luzhki, un matrimonio de científicos rusos emigrados amigos de sus padres. Con Rita Luzhki, Irina trabajó limpiando casas y cocinando para empresas de *catering* y se hizo novia de su hijo, Dimitri, entonces inexperto mecánico de autos y hoy dueño de un pequeño emporio automovilístico del Massachussets rural. Un año después, Irina se fue a vivir sola a Cambridge, la ciudad vecina a Boston donde están la universidad de Harvard y el Massachusetts Institute of Technology: estudió diseño gráfico, terminó su relación con Dimitri, se convirtió en una experta bailarina de tango, consiguió su Green Card y se subió a la ola de Internet. Fue una de las primeras empleadas de Mollecular, una empresa de diseño de sitios web corporativos que en poco tiempo multiplicó su tamaño varias veces. En 2000, Mollecular abrió una oficina en Nueva York y envió a Irina como directora de arte. Ella se mudó entonces a un departamento en el Lower East Side con su nuevo novio, Lewis Spolsky, un experto en animación que trabajó en el

–Si extraño la vieja Rusia, la Rusia de mi infancia. Cuando veo otra vez las películas que veía en los ochenta. Pero después veo los canales nuevos y no hay nada de la nueva Rusia que me interese. La Rusia de MTV Rusia no me provoca nada. ¿Hogar? Éste no es mi hogar –dice Irina

equipo de SHREK 2 y que hoy dirige una empresa de animaciones digitales. Un año y medio más tarde, estalló la burbuja de las empresas *puntocom* y, con ella, el dinero de casi todas las empresas tecnológicas, incluida Mollecular, que le ofreció a Irina mantener su puesto, pero en Boston. Irina dijo no: cobró el dinero del despido, alquiló para sí misma un departamento en el West Village de Manhattan, trabajó como *freelance* y viajó por medio mundo.

En 2003, decidió visitar en Buenos Aires a sus viejos amigos argentinos de Boston, uno de ellos amigo mío desde la infancia. Tres horas después de aterrizar en Argentina, dos ladrones con ropa cara y buenos modales entraron al departamento de mi amigo: se llevaron su computadora y toda la ropa de Irina. Al día siguiente, salí tarde y enojado de mi trabajo como redactor de un diario financiero, me subí a un taxi y fui a cenar con mis amigos a un restaurante del centro de Buenos Aires. Cuando llegué, una chica blanca y silenciosa, vestida con ropa prestada, nos miraba conversar. Se levantó y fue al baño.

–Che, está linda la rusa –dije.

Irina tardó trece años en volver a Moscú no porque no quisiera sino porque no podía. En Estados Unidos, tuvo durante años estatus de refugiada, después se vencieron sus documentos rusos y quedó atrapada en un limbo del que recién pudo salir en septiembre del año pasado, cuando juró lealtad a la Constitución estadounidense y obtuvo el codiciado pasaporte azul con el águila dorada en el frente. Durante ese tiempo, veía a sus padres una vez por año, casi siempre en algún lugar intermedio en Europa. Ahora, por fin, podía volver a estar con ellos en Moscú.

–No siento que esto sea mi hogar, no me puedo relacionar con esto –dice Irina mientras mira por la ventana de nuestra habitación de hotel. Desde este piso diecisiete, medio Moscú parece estar a sus pies. Ella observa los bloques rectangulares de oficinas y apartamentos, más anchos que altos, como fichas de dominó; el dibujo caprichoso del río semicongelado, el vapor blanco de las chimeneas de las fábricas.

–La gente está esperando que me abra, que me desmorone y que empiece a llorar por Rusia, por Moscú, pero la verdad es que no puedo, no me sale– dice. Prende la televisión y pone el canal Cultura, uno de los tres canales estatales y cuya programación está repleta de producciones de la época soviética. Mientras habla, Irina señala la televisión con el control remoto:

–Sí extraño la vieja Rusia, la Rusia de mi infancia. Cuando veo otra vez las películas que veía en los ochenta, EL CONDE DE MONTECRISTO, las operetas de Strauss, PINOCHO. Pero después veo los canales nuevos y no hay nada de la nueva Rusia que me interese. La Rusia de MTV Rusia no me provoca nada. ¿Hogar? Éste no es mi hogar.

–¿Cuál es tu hogar? –pregunto.

–No sé. Quizá Nueva York, quizá Boston, no lo sé. De todas maneras, todo esto también es un alivio, saber que no lo extraño, que todos estos años estuve echando de menos otra cosa, algo que ya no existe. Es un alivio.

☭

Moscú no está interesada en agradar. No es una ciudad bonita, y menos en enero: el cielo está siempre nublado y las calles hundidas en la pasta negra de nieve y suciedad. La temperatura, apenas por debajo de los cero grados, sólo es un problema cuando hay viento. Entonces sí duele: es como si volaran alfileres.

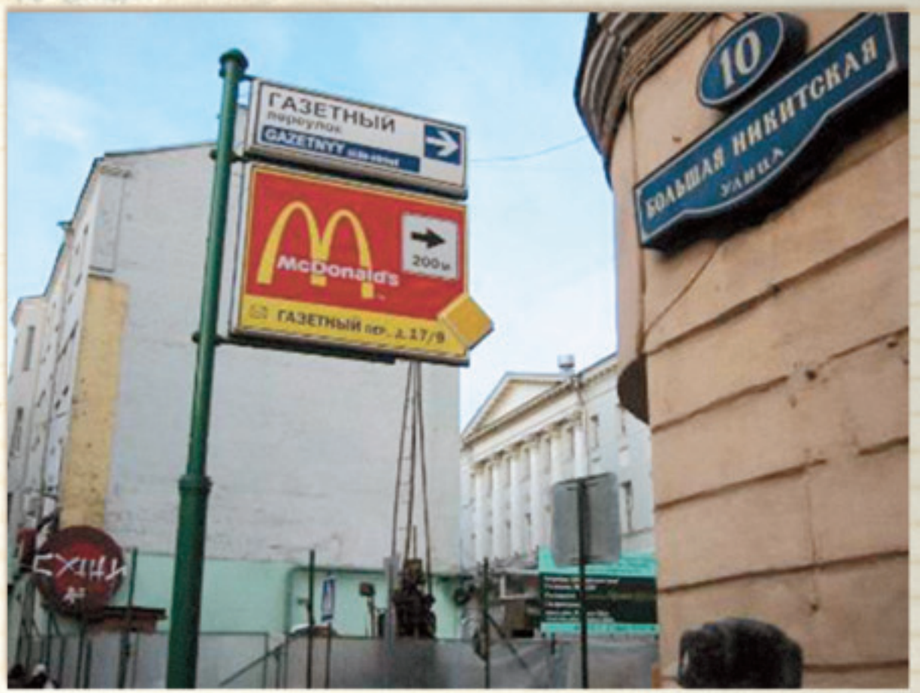
En Moscú, el bloque de cemento es rey: no la cuadrícula matemática de América ni la callejuela pintoresca de Europa. La ciudad se dibuja alrededor de los edificios, y el resto –calles, estacionamientos y hasta los supermercados– se acomoda donde puede. La sensación es que todo ha sido planeado y ejecutado desde alguna oscura oficina ministerial, de arriba hacia abajo, con poca o ninguna participación de los habitantes de la ciudad.

Arbat es la calle de peatones más comercial de Moscú. Empieza en una avenida circular que rodea el centro de la ciudad y va viboreando entre restaurantes, vendedores de DVD piratas, negocios de *souvenirs* y McDonald's hasta el histórico Hotel Praga, donde los soviéticos alojaban a las delegaciones extranjeras. Irina no se acuerda de Arbat. Dice que en los ochenta era una calle gris y decadente en un barrio gris y decadente, como cualquier otro. También se queja de que la gente la está obligando a recordar, que todo el tiempo le preguntan «¿Y? ¿Qué te parece todo?» y ella no sabe qué contestar.

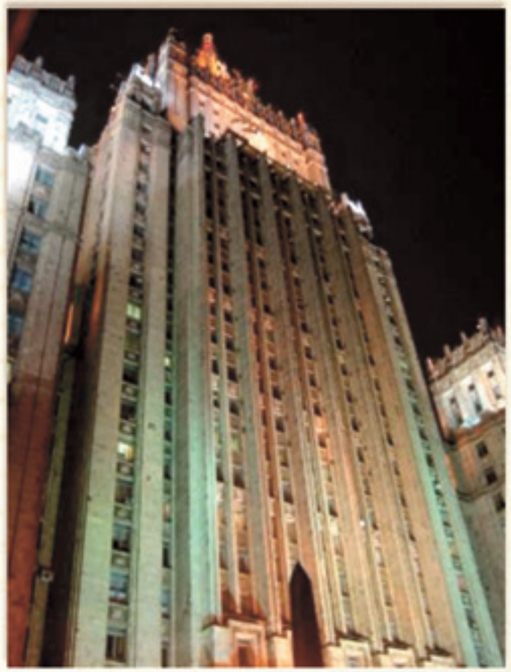
–Tengo imágenes aisladas. El resto ya va a venir, sólo pido que no me presionen –dice mientras come por quince dólares una porción de *pelmenis*, la versión mantecosa y eslava de los ravioles italianos, en un restaurante ucraniano de Arbat.

Una de las razones por las que a Irina le cuesta recordar Moscú es que Moscú antes no existía: durante el comunismo la ciudad no era el lugar donde se juntaba la gente para pasar sus momentos de ocio.

–Había dos o tres restaurantes, pero eran carísimos. Cuando me fui a Boston, sólo había comido en restaurantes dos veces en toda mi vida: en la boda de mi hermano y en mi graduación del colegio –recuerda Irina.



Es estremecedor ver a los rusos, muchos de ellos con sus hijos, quedarse ahí haciendo cola para entrar al mausoleo de Lenin, aunque esté cerrado. -En los ochenta, estas mismas colas eran para conseguir comida. No había nada peor que hacer las colas por comida -dice Irina



En la era soviética, la vida social transcurría en el interior de los apartamentos: así como en París o Madrid las tertulias de escritores y artistas se hicieron famosas por los cafés que las alojaban, en Moscú esas mismas reuniones se hacían en el encierro de los apartamentos. Mientras Irina reniega de su ciudad, yo la observo caminar por Arbat –frena en una vidriera con matrioshkas, se prueba unos lentes Ray-Ban falsos en un puesto callejero– y la noto ablandada: algo en ella empieza a reconocer los olores y se reconcilia con las formas.

Al final de Arbat, cruzando el Hotel Praga, dos avenidas congestionadas y ansiosas desembocan en el centro geográfico de la ciudad. Allí está la Plaza Roja, que no es una *plaza plaza* sino la frazada de adoquines que ha quedado libre entre la muralla norte del Kremlin, el mausoleo de Lenin, la fotogénica catedral de San Basilio y el centro comercial más famoso del Moscú soviético, hoy reconvertido en catálogo de marcas europeas. Desde el Kremlin, el primer logo que se ve es el de Christian Dior y el segundo, el de Louis Vuitton.

☭

Esta mañana vamos con los padres de Irina al Kremlin, la vieja ciudad amurallada donde hoy sólo están las oficinas del presidente Putin, unas cuantas catedrales y dos museos de interés moderado. Irina camina hacia el local donde venden las entradas. Hay una cola de doscientos metros.

–Una hora y media, dos horas –calcula su padre y se coloca en la fila. Está nevando y hace frío, pero aún así la serpiente humana sigue creciendo. Putin les regaló a los rusos, por sorpresa y por televisión, diez días de vacaciones al empezar este nuevo año, así que miles de familias moscovitas han tomado las calles, especialmente las del centro histórico, que están atestadas de niños. La madre de Irina –también científica, también jubilada– está todo el tiempo sonriendo y no suelta el brazo de su hija. Después de una hora en la cola, deciden que es mejor dejarlo para otro día.

Rusia es un país de colas. No hace falta más de un par de días como turista para saber que en este país hay que saber esperar. La paciencia rusa es una virtud imposible. Esta mañana, mientras algunos extranjeros desisten de la cola, decenas de familias moscovitas aguantan sin protestar el viento y el maltrato de los guardias –patéticos y corruptos hombrecitos excitados con su pequeña parcela de poder–, que los tratan como ganado corriente. Decidimos irnos, pero a hacer otra cola, la del mausoleo con los restos de Lenin. Se acerca una mujer que se presenta como guía turística. Pide treinta dólares a cambio de evitar a las ciento cincuenta personas que esperan delante de nosotros. Son las doce del día y el mausoleo cierra a la una.

–No van a llegar –amenaza la mujer.

Irina rechaza la oferta. Está nevando, corre viento y una empleada del parque insulta a unos niños que quieren armar un muñeco de nieve. Mientras, la supuesta guía turística pastorea entre las vallas a los grupos de rusos y extranjeros que aceptaron pagar los treinta dólares. Como falta poco para que cierre el mauseoleo, por cada uno de esos que entra, alguno de lo que están en la fila se va a quedar afuera. Los tres policías altaneros que abren y cierran las vallas a su antojo no contestan las preguntas de la gente.

–¿Vale la pena que nos quedemos o mejor nos vamos? –pregunta Irina a los guardias. No hacen caso: siguen fumando sus cigarrillos, riéndose de sus chistes. Al rato dan la una de la tarde y uno de ellos saca un megáfono.

–El mausoleo está cerrado. Repito: el mausoleo está cerrado. Por favor, circulen, deshagan la fila –dice el hombre.

Es estremecedor ver a los rusos, muchos de ellos con sus hijos, quedarse ahí en la cola con el mausoleo cerrado, soportando la nieve y el desprecio de los policías. Están ahí hace más de dos horas y se quedarán un buen rato más.

–En los ochenta, estas mismas colas eran para conseguir comida. No había nada peor que hacer las colas por comida –dice Irina.

☭

Tras dos intentos, días después consigo finalmente entrar al Mausoleo de Lenin. Esta vez a Irina no le interesa y, sus padres, aunque Lenin no les cae nada simpático, entienden mi interés de turista. El mausoleo es un búnker de mármol verde en la Plaza Roja. En la entrada, un soldado gruñe y ordena que saque las manos de los bolsillos. Después de un breve laberinto, se llega a la sala donde está Lenin. Es un cuarto apenas iluminado, y el ambiente es tan húmedo que las paredes están mojadas. Los visitantes deben bordear el salón por una de las paredes y está prohibido frenar o sacar fotos: la gente camina como en cámara lenta. En el centro, acostado en una pecera vacía, un hombre de traje gris y corbata roja, tieso y con los ojos cerrados, tiene las manos apoyadas en las caderas. Tres focos halógenos iluminan su cara y sus manos. Parece John Malkovich.

A la salida uno pasa por las tumbas (normales, bajo tierra) de los otros ex mandamases soviéticos. El único que tiene flores es Stalin. Compro por cinco dólares un gorro militar soviético con la estrella roja en el frente, para usarlo en

Nueva York. La gente se me queda mirando. Cuando Irina y sus padres ven el gorro, se ríen con ganas. Dicen que un ruso jamás usaría algo así. Les cuento lo de las flores de Stalin y Victoria, mi suegra, dice que «siempre hay algún lunático». Los padres de Irina no son especialmente anticomunistas –no más que todo el mundo en Moscú–, pese a que sufrieron mucho durante el régimen soviético: su condición de judíos les impidió avanzar más lejos en sus carreras científicas y el abuelo paterno de Irina, que era periodista, fue enviado en los años treinta al gulag por Stalin. Nunca volvió.

☭

Pocas cosas enorgullecen más a los moscovitas que su sistema de metro. «¿Ya viajaste en el metro?», preguntan a los extranjeros como si no estuvieran hablando de un medio de transporte. Algo de razón tienen: la mitad de las estaciones del subterráneo de Moscú están decoradas como si fueran el vestíbulo de un teatro de ópera. Unas, repletas de motivos clásicos (yeso blanco, figuras griegas) y otras, de arengas proletarias (bronce, esculturas de trabajadores musculosos y sonrientes). Lo más sorprendente es la abundancia de trenes y la velocidad con la que el océano de carne y abrigos sube y baja de los vagones. Los moscovitas dicen que su ciudad está pasando por una época vigorosa y efervescente. Para quien llegó hace poco y no entiende lo que está viendo, las palabras son otras, más parecidas a histeria, desorden y vértigo.

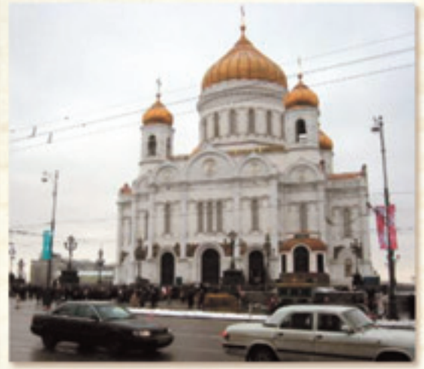
El centro de Moscú vive a toda velocidad y eso se nota en el paisaje: la última capa de arquitectura capitalista –casinos, restaurantes luminosos, hoteles– a veces se monta bien y otras no tanto sobre el pudor soviético, que a su vez ya se había subido con dificultades sobre el barroquismo prerevolucionario. En las grietas de estas capas se acomodan los nuevos restaurantes, los bares y las galerías de arte de una juventud mucho más cosmopolita de lo que uno imagina. Termina la Moscú Fashion Week y la conclusión de los analistas es que las mujeres rusas, después de quince años de ponerse encima todo lo que podían comprar –aunque siempre más lentejuela que algodón, más rosa que negro, más Versace que Armani–, ahora están empezando a elegir. Occidente se ha burlado mucho en esta última década de los nuevos ricos rusos, a los que ha acusado de vulgares, de mafiosos y de mafiosos vulgares. Después de setenta años durante los cuales la belleza fue burguesa y la fealdad socialista, setenta años de gris y negro, ahora los rusos pintan sus casas de turquesa, amarillo y rosa. Irina dice que el estilo exagerado no es una novedad post-comunista, sino que antes de la revolución los rusos ya eran así. De hecho, su estilo decorativo en el siglo XIX era el «rococó ruso», un apilamiento de terciopelos, bordados, oros y sedas. Para los rusos, esta nueva explosión de color no sólo es una reacción contra la seriedad soviética sino también una vuelta a la Rusia recargada de principios de siglo. La explosión, el desborde y la mezcla han sido siempre marcas de los rusos: como si en realidad no fueran nuevos ricos, sino nuevos *viejos* ricos.

Me enternece ver el orgullo cultural de los moscovitas: aun con el barco hundiéndose, ellos, como los músicos del Titanic, han seguido leyendo a sus poetas y vistiéndose de gala para ir al Teatro Bolshoi. En las conversaciones cotidianas, los rusos citan a sus escritores y poetas mucho más que en cualquier otro país que yo haya visitado. No sé cuánto de ese orgullo por el pasado es en realidad miedo al futuro, pero algo debe haber, porque están aferrados y no quieren soltarse. Tampoco Irina.

☭

Sirena es uno de los primeros restaurantes exitosos del Moscú post-soviético. El piso del salón es de acrílico transparente, y por debajo de las mesas nadan los esturiones y atunes que los camareros servirán en un rato. En esta cena familiar, quien controla todo es el hermano de Irina, Ilya Khatsernov: abraza efusivamente al dueño del lugar, después enciende un cigarro y pide las entradas, las bebidas y los platos para Mark, Victoria, Irina y yo. Ilya es generoso, gritón, testarudo y arrogante: tiene la omnipotencia del triunfador, de aquel a quien nadie le regaló nada y que cree o sabe que se merece todo lo que tiene. A inicios de los noventa, cuando se derrumbaba el comunismo, mi cuñado tenía veintiocho años, una licenciatura en física y una historia laboral irrelevante. En el verano de 1991, pasó un fin de semana en las barricadas con las que los militantes demócratas defendieron al gobierno de Gorbachov del intento de golpe de Estado comunista. Un año después, cuando todavía nadie sabía qué estaba pasando, Ilya fundó con unos amigos una empresa de limpieza de edificios, en la que todos hacían de limpiavidrios y gerentes. Hoy, mientras se ríe a carcajadas en este lujoso restaurante de Moscú, Ilya Khatsernov está orgulloso de haber sobrevivido, y no lo esconde.

En un momento de la cena, el padre de Irina abre su billetera y saca un papel púrpura del tamaño de una postal. Es el certificado de nacimiento de su madre, en Argentina. Se lee «Municipalidad de Buenos Aires». En el casillero del apellido dice «Zaidman», y en el de nombre, «Amalia Silvia». Pero es la dirección de los Zaidman lo que me sacude: «Uruguay 1167», dice el papel, a solamente dos cuadras, doscientos míseros metros, de la casa donde vivía en Buenos Aires antes de mudarme a Nueva York con Irina. Por esas calles Irina había paseado como turista sin sospechar nada. Sin imaginarse cuán cerca estaba de su propia historia, de su abuela argentina. Amalia Zaidman viviría diez años en Buenos Aires, y después acompañaría a sus padres a Moscú, en una decisión que aún hoy –David Zaidman, su padre, no era comunista y era judío– nadie sabe explicar del todo bien. Como sabía castellano, el padre de Amalia Zaidman fue enviado después a la Guerra Civil Española, de donde volvió vivo pero completamente decepcionado del comunismo. Se pasó los últimos años de su vida insultando en privado a Stalin y el régimen. La abuela de Irina moriría en 2002, sin recordar casi nada del español de su infancia. En la mesa alguien dice otra vez que Irina y yo estamos cerrando un círculo: un círculo enorme, de noventa años y decenas de miles de kilómetros de migraciones cruzadas. Ninguna de las personas que están en la mesa cree en el destino, así que nadie lleva la coincidencia demasiado lejos.



De vuelta en Nueva York, cae la peor tormenta de nieve en lo que va del siglo. Irina, que se quedó en Rusia unos días más, está al teléfono. Se la oye contenta. Dejó el hotel en el centro de Moscú y volvió a la casa de sus padres. Dice que ha vuelto a ser una niña y que con los días se ha permitido ablandarse, acomodarse a la suavidad del hogar materno. Acompañó a una de sus amigas de la universidad el día que dio a luz a su segundo hijo y volvió a juntarse con sus viejos compañeros de la facultad.

–Me estoy reconciliando con Moscú. En el fondo, tu hogar son tus amigos y tu gente. No hay mucho más que eso –dice.

Muchos exiliados creen que extrañan un pedazo de geografía o los distritos de una ciudad. No es así. Extrañan una idea de sí mismos. Cuando vuelven, se dan cuenta de que todo ha cambiado. Que, en el mejor de los casos, hogar son setenta metros cuadrados y una tibieza en el pecho imposible de explicar. Hogar es el pasado.◑